

CONCIERTO EN SEVILLA

ANDRÉS SOREL

Pronto supo que la llamaban Loba. Algunos, los menos, la decían Loca. Obedecía la diferente cualificación, sin duda, a las relaciones, bien reales, bien imaginarias, que unos y otros tenían con ella. Loba, sin embargo, terminaba imponiéndose en las conversaciones centradas en torno a su persona.

Fue en la catedral donde Adrián la vio por vez primera. Ya había atardecido. Aún llevaba el perfume, la quietud del Patio de los Naranjos, cuando, confundido entre el público, atravesó la puerta principal y volvió a pisar la cruz latina de su planta camino de la nave central.

Había entrado al Patio por la puerta del Perdón. Secos corrían los canalillos abiertos desde la fuente en que, otros tiempos, los moros hacían sus abluciones. Tiraban naranjas unos chiquillos a las palomas. Se besaba, al fondo, junto a la Galería de Levante y donde se ubica la Biblioteca Colombina que guarda obras de Haendel, una pareja. Sentose en el pretil, frente a las dañadas puertas de alerce. Corría su imaginación al encuentro de un pasado imposible ya de recrear. Otra vez la angustia del tiempo. Impotente para ubicarse en otras dimensiones, ajenas a las que ahora le envolvían. Cruzaba un coche de caballos la calle y tamborileaban sus cascos sobre el bronce revestidor de las puertas. Penetrando en el patio se alejaba, en la ciudad, de la ciudad. El beso se prolongaba. No quería dejarse llevar por la angustia.

Antes de la música venían las toses, los cuchicheos, las silabeadas conversaciones, ruidos de cuerpos acomodándose en sillas y bancos. Luego, apenas arrancó a tocar el órgano, Adrián se perdió, flotando en la fuga de las teclas, intentando comprender, o al menos no ignorar, la causa de su atropello, aquellas angustiosas huídas de las notas,

música presa de los muros que la cercaban y destruían, inquiriendo cual era el sentido del grito, los gritos de sus búsquedas.

Tuvo la visión de la música: el pentagrama armónico donde notas o instrumentos se combinan en la belleza de una perfecta conjunción que ilustra los ojos de quién, aún sin saber leer, es capaz de sentir la armonía de semejante composición, vista-oído fundiéndose en un único placer; el pentagrama atormentado, las líneas que en rectángulo cierran las notas en una prisión que distribuye los signos en ondulaciones dolientes, grandes manchas blancas huérfanas de sonidos, hasta que un do sostenido marca la reflexión del creador que vigila y ordena aquella plegaria quejumbrosa, arrancada al dolor-éxtasis de su fiebre iluminadora; el pentagrama enloquecido: notas a la deriva cual buques acosados por profundas olas, apenas si da tiempo a la mirada para seguirlas y menos para abarcarlas, encadenadas sus distintas alturas y posiciones, incluso contrapunteadas por anotaciones prácticamente ilegibles... La visión de la música era para Adrián una forma de navegar por el sonido, incluso de penetrar en las tinieblas o claridades que envuelven la soledad del compositor en su difícil parto.

Luego volvía a la catedral. Era ya una catedral distinta a la visitada tantas veces de niño. Podía ahora dormir plácidamente sus ojos en la Virgen de los Reyes, sin obsesionarse por la urna plateada donde reposa el incorrupto cuerpo de San Fernando: algunas veces, 30 de mayo, fecha en que se mostraba al pueblo el cadáver embalsamado del rey, se mezclaba entre los fieles para ver aquella cerúlea cara: más que el cuerpo sus ojos —descubridores entonces de letras e historias— sugían los caracteres que en castellano, hebreo, latín y árabe compusiera su hijo, el Sabio, y su imaginación viajaba tras la espada que tantos sermones había originado a lo largo de la historia de la catedral. ¿Sería acaso un reflejo la música —heredera de los viejos neumas medievales— de los timbales, atambores, que a rebato llamaban en la agonía del asedio desatado por el rey cristiano contra la ciudad de Jovilla? Acampaba éste en los llanos de Tablada, agosto del año nominado 1247, entre la ambición y el cansancio apenas turbado por historias milagrosas, de Vírgenes o hazañas llevadas a cabo por el caballero Pedro Machuca, en espera del total estrangulamiento de la ciudad —y el sol se inmovilizaba una vez más bíblicamente sobre ella, jugajoso y renqueante en su desplazamiento llorado por miles de ojos hacia él vueltos desde la cantada amanecida hasta la nueva lujuria del anochecer, en espera del agua que nunca había de llegar, en la sombra de una tímida brisa y reposo de miel ardiente en brazos y bocas al fin turbados para que el esperma derramado consiguiera cerrar los

rostros ahitos de quietud y miedo—, la ciudad que iba perdiendo, durmiendo mejor sus fuerzas en la inútil resistencia no contra las armas del rey castellano, sino contra el insalvable foso del Guadalquivir portador más que de agua de ardientes cenizas y hojas afiladas en circular abrazo de muerte. La sed y el hambre, el estupor y la abulia, un suicidio escéptico y paralizante dormían ya en las estrechas callejuelas sevillanas, que habían perdido el repiqueteo plácido y monótono de los borricos tanto tiempo cantadores de sus piedras o ladrillos —frutas, búcaros, cisco, telas, pescado, perfumes, flores, cintas, almendras, higos, miel, caracolas de estriadas formas y rosáceos o lechosos colores que lo mismo servían para portar filtros de amor que mortíferos venenos, especias. Pasaba ahora rechinando en sus desengrasados ejes, lenta y solitaria como el sol clavado en lo alto de los cielos, alguna carreta llena de agonizantes, soldados famélicos horcajeados sobre escuálidos caballos, camellos trastabillantes y que bamboleaban sus jorobas de uno a otro lado de los silenciosos muros —hasta la yedra se secaba y las chicharras silenciaban su escuálido ronroneo— donde ya el calor era simplemente muerte. Ventanas cerradas. Agua detenida en las fuentes de los patios. Azoteas sin ropas que orear al sol. Un poeta ciego recitaba tal vez en la última jornada de su vida las palabras escritas en tiempos si muy recientes pronto lastimosamente antiguos por Abu-l-Wali El Sakundi:

«Sevilla, de templado clima, magnificientes edificios y alamedas sucedidas sin interrupción, en continuidad que ningún otro río del mundo tiene»... mientras frente a la ciudad, en la tensa e ininterrumpida vigilia de los ojos cristianos que la acechaban, al rey le decían:

«Mañana capitulará. Podréis Señor pasear sus calles: nadie osará alzar sus ojos ante Vos. A la luz del sol Sevilla abrirá ante vuestra Regia presencia todo su encanto: es tan bella, tan rica, que podríais de proponérselo encontrar leche de pájaros en sus jardines.»

Les pasarían a cuchillo. Todos los no huidos serían pasados a cuchillo. 300.000. Aquel día 23 de noviembre de 1248, soldados cristianos millonarios del polvo de Castilla, se repartirían las casas y tierras abandonadas. Axataf, último de los reyes almohades en ella asentado, angustiaba su pecho en los muros del convento de San Jerónimo, camino del exilio, recordando tal vez que por encima de la familia, la raza, la religión, incluso el amor, está siempre la ambición, que el poder ciega los ojos de los hombres aunque sean hermanos, que toda aquella tragedia, suya y de su ciudad, suya y de su pueblo, se había fraguado con la ayuda de Ibn-l'Ahmar, rey de Jaén, que ya apoyara a los cristianos en la conquista del castillo de Alcalá de Guadaíra, sintiéndose

Axataf como un débil pájaro, temblón y tímido, al que voraces y altivas águilas, aunque ojos, pico y pluma como él tuvieran, acechan en su huida.

Ni tampoco buscaría —pues ya nunca dejó de perseguir la historia, no sólo la en libros relatada, sino la que a veces buscaba imaginar— los sarcófagos laterales que encerraban los restos del rey Alfonso, hijo del Conquistador, de Beatriz de Suabia, de Pedro el Cruel, tan ligados igualmente a su ciudad —todos los días miles de ciudadanos, sevillanos o de los otros mares y campos del mundo pisaban en sus desplazamientos o paseos los emblemas que el primero de ellos legara a Sevilla— para que la capilla cobrase vida y se repoblara de figuras reales que muchas veces traspasaban el plateresco encierro de sus retablos y no derramaban por las calles del Viejo barrio.

Ahora la música se había interrumpido, volvían las toses y gorraspeos, algunas cabezas se torcían buscando conocidos o simplemente indagando rostros y presencias, crujían las sillas y bancadas. Fue precisamente en uno de los momentos calmosos de aquel concierto cuando los ojos de Adrián descubrieron el rostro de la Loba. Un rostro que borró inmediatamente el resto de las figuras contrapunteadas en el ocaso ceniciento de la catedral, oscureció aún más las sombras corridas en las naves de la misma, hasta resaltar exclusivamente aquellos ojos, grandes, oscuros como rasgados y azucarados dátiles sangrados en su contorno por redondos y remansados océanos de profunda negritud, la melena derramada en lánguida caída, como las hojas de un espeso sauce, retorcida dulcemente en su límite final, los labios, prominentes, ansiosos por abrirse y descubrir el hondón de una boca que guardaba, bajo los simétricos dientes la espejeante y moviente lengua, tan rica en saliva, tan felina en sus suaves e ininterrumpidos desplazamientos...

Siempre le recordaba este concierto la tormenta, el miedo, la huida, entremezcladas sensaciones componentes de un paisaje de su infancia. ¿De qué huían, hacia donde iban los pensamientos afiebrados que guiaban los dedos trazadores de aquellas abigarradas y continuas notas mezcladas en el pentagrama? Los dedos se pierden, desesperados, en el órgano, por él se arrastran, y la música le prende, le coge, le lleva: en su vida, su propia vida la que galopa, sosteniéndose unos años a otros, encadenándose los actos y pensamientos pasados a los por venir, sabedor ya de las mentiras envolventes de las grandes palabras y declaraciones, los actos rituales de la política o el amor, la inexistencia de la esperanza, el futuro no existe, ni el ayer, todo está lleno de muerte y de no ser, piensa, falsa es la tormenta, el subterráneo de marmóreos peldaños por el que se interna —cruza su camino una serpiente

atragantada su boca por la rata en ella incrustada— niños famélicos y de ojos inmensos cual los de los sapos saltones le esperan al final de la escalera que nunca concluye —no hay en los interiores antenas de televisión, no pueden en los sótanos corretear los helicópteros de la policía neoyorquina, falta en los interiores la imagen y la palabra, el color y el sonido, y en su lugar gotean paredes graníticas sangre y barro mientras los ciegos rasgan sus ojos en las aristas de las rocas con que tropiezan— es la fiebre, el organista baila ahora dulcemente en las teclas sobrecogidas de fe, esta angustia, esta angustia de saber qué cuando deje de tocar, un segundo tan solo, la propia catedral estallará en polvo bailado por millares de telarañas...

